

Siglos DE HISTORIA

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya

Una intervención norteamericana en La Laguna: Lew Wallace en 1867

PRIMERA PARTE

POR ENRIQUE SADA SANDOVAL
Investigador Histórico

Desde el año de 1824 hasta la fecha, cuando se impuso el sistema republicano federal a imagen y semejanza de los Estados Unidos de Norteamérica, la historia de la Nación Mexicana salvo muy honrosos pero breves episodios bien puede definirse a partir de este momento como la historia de las intervenciones continuas del vecino país del norte en los asuntos políticos y en el curso de nuestro devenir, con las trágicas y de todo mundo bien conocidas consecuencias: la pérdida del Reino de Guatemala que abarcaba toda Centroamérica hasta Colombia, la pérdida de la provincia de Texas, los brotes secesionistas en Yucatán, la invasión de 1847, la pérdida de las provincias del norte (Alta California, Nuevo México y Texas irremisiblemente) y con ello la dignidad nacional tanto como el decoro de las llamadas instituciones republicanas en el país.

Así mismo, podemos empezar por ubicar las intervenciones americanas, tanto directas como indirectas, a partir de la presencia de Joel Roberts Poinsett, agente extraordinario y primer embajador de su país quien coordinó desde el golpe de estado contra Agustín de Iturbide (por negarse a ceder o vender los territorios del norte) hasta el motín de la Acordada donde derrocando al legítimamente electo Manuel Gómez Pedraza se impuso por las armas como títere al malogrado Vicente Guerrero.

La segunda intervención americana la vemos claramente cuando la sublevación y pérdida de la provincia de Texas fue pactada por Lorenzo de Zavala y el Vicepresidente Valentín Gómez Farías en las logías anfitrónicas de Nueva Orleans.

La tercera y más desastrosa será sin duda la encabezada por Antonio López de Santa Anna como Presidente y Gómez Farías, otra vez como Vicepresidente, cuyos acuerdos secretos con el invasor llevaron a la pérdida de más de la mitad del territorio y hasta al peligro de la Guerra a la anexión que tanto celebraban los liberales "puros" como Miguel Lerdo de Tejada y otros de su partido durante el infame "Brindis del Desierto" que le ofrecieron a Winfield Scott para este efecto, suplicándole que nunca saliera el ejército estadounidense del país hasta ocuparlo en su totalidad.

La cuarta intervención norteamericana en cambio estuvo a punto de ser la más perniciosa y fatal para la existencia misma de México, tanto por el tiempo de su extensión que duró prácticamente toda una década como por la serie de infortunados tratados e intervenciones del país del norte, celebrados por los republicanos en una contienda política que por su naturaleza misma solo competía a los mexicanos.

Desde el autogolpe de estado del presidente Ignacio Comonfort para desconocer la impopular y facciosa Constitución de 1857 que había jurado hasta la intervención de la Armada norteamericana en Veracruz para imponer al régimen juarista en Antón Lizardo, gracias a la firma del ominoso Tratado McLane-Ocampo en 1859, todo apuntaba a la quiebra nacional, aún desde el exterior. Al respecto, el mismo año, el presidente Buchanan aplaudía la firma del mismo Tratado como un triunfo más de la

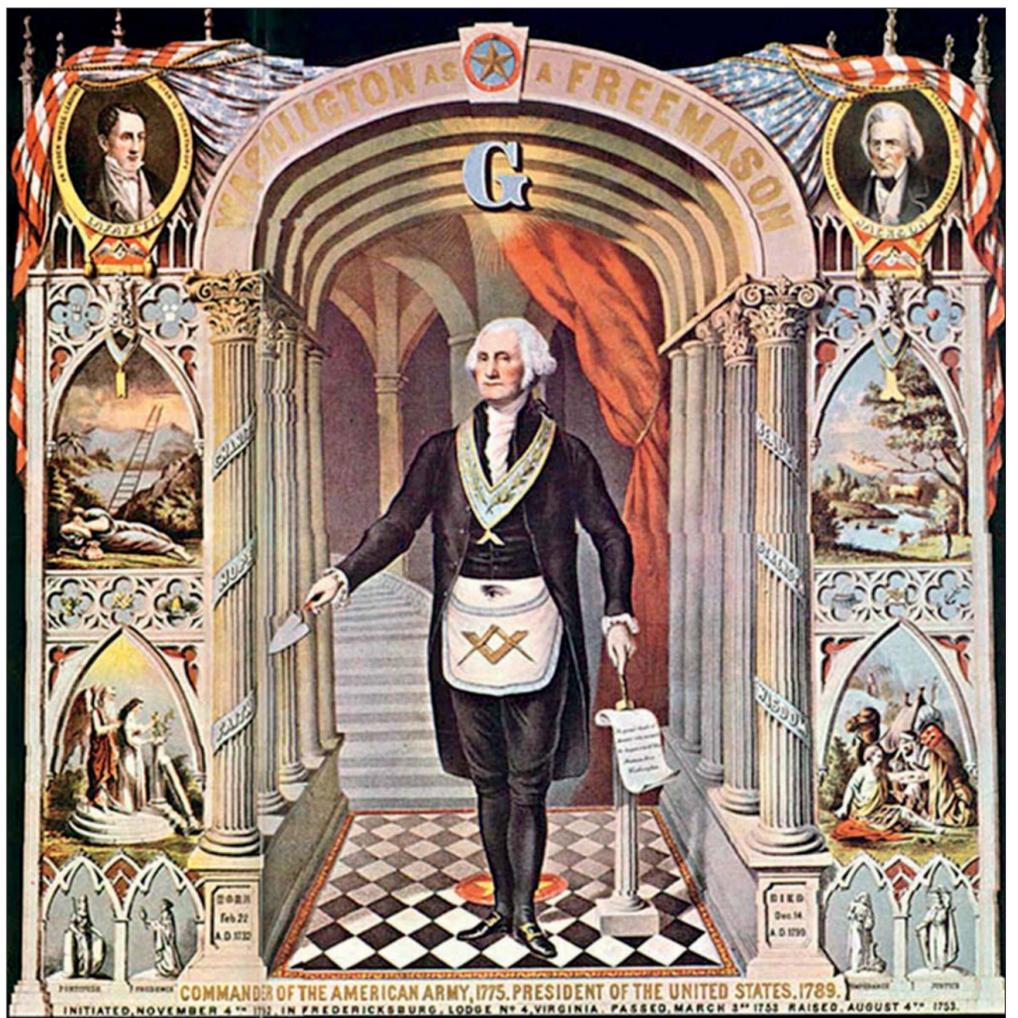
Doctrina Monroe: "para que México continué dependiendo principalmente de los Estados Unidos, de modo que cualquier expansión hacia el sur no nos sea irremediablemente detenida".

Por desgracia, la constante intrusión de los Estados Unidos a petición de los llamados liberales abrió la puerta también para que los patriotas conservadores y los liberales moderados buscaran que Europa misma interviniera para sostener nuestra Independencia, intentando poner un dique que frenara la voracidad angloamericana sobre un México desvalido en su integridad tanto como en sus instituciones.

De ahí que la gran mayoría de los mexicanos celebraran la Intervención francesa en su momento, viendo en las fuerzas expedicionarias de Napoleón III a un ejército libertador que, representando a la raza latina en el Nuevo Mundo, contrarrestaba con los filibusteros e invasores de siempre; y tanto más aplaudieron la desaparición del régimen republicano tras la huida de Juárez rumbo a Estados Unidos y el restablecimiento de la Monarquía con la aceptación de Maximiliano I como Emperador de México.

Y es durante este periodo que hace aparición en nuestro suelo la controversial y pintoresca figura del General Lew Wallace como apoyo del régimen juarista y, por ende, heraldo de la "Doctrina Monroe" y el "Destino Manifiesto" de su país sobre el nuestro.

Lewis "Lew" Wallace fue político, militar y autor de varias novelas y publicaciones de su tiempo, entre las que cabe destacar Ben Hur como la más conocida de todas. Nació en Brookville, Indiana un 10 de abril de 1827. Su primer encuentro con lo mexicano, aunque no propiamente como "bautizo de fuego", lo tuvo sirviendo en el ejército invasor de su país dentro del Primer Regimiento de Voluntarios de Indiana en el año de 1847, bajo las órdenes directas del General Zachary Taylor, llegando a ocupar el rango del Primer Teniente aunque sin participar personalmente en ningún combate de los que se efectuaron. Sin duda alguna fue durante esta primera estancia en nuestro país cuando tuvo la ocasión de recorrer ampliamente sus mesetas, sus valles, sus pueblos y desiertos, conociendo de primera mano lo vastos que eran los recursos naturales en una nación que aún pese a



"Destino manifiesto": desde 1824 hasta la fecha, la Historia de México bien puede definirse como la historia de las intervenciones de los Estados Unidos en nuestros asuntos domésticos.

ser desmembrada por la discordia interna y la intervención constante de su país, subsistía en el continente con la forma de un enorme cuerno de la abundancia cuya boca, para desgracia de los mexicanos y bien de los de su raza, siempre apuntaba generoso hacia el vecino país del norte.

Esta observación seguramente no pasó desapercibida ante los ojos del joven e impresionable militar autor de El dios justo (The fair god), novela ubicada en los últimos tiempos prehistóricos, y sin duda alguna volvería a transponerse cuando tras la Guerra de Secesión en su país fue enviado por su gobierno a cruzar la frontera sur en una misión tan secreta como comprometedor, en caso de ser descubierta, ante los ojos del resto del mundo: derribar el Segundo Imperio Mexicano desde la Casa Blanca.

Para 1865 terminaba la Guerra Civil con la derrota de los ejércitos confederados y el triunfo definitivo de los unionistas, ocasión que inmediatamente hizo que los hombres del Capitolio dirigieran ahora sus miras y sus cañones hacia el otro sur que comenzaba para ellos después del Río Bravo. Matías Romero, representante de Juárez ante Washington, gestionaba por ordenes del mismo ante el presidente Johnson la entrada definitiva y el asentamiento permanente de sesenta mil oficiales norteamericanos armados para derrocar a Maximiliano e imponer a su presidente a cambio de cuantiosos privilegios que el hombre de Guelatao les ofrecía a perpetuidad; mientras que a los generales y militares de mayor rango les prometía, además de luengas extensiones de territorio, grandes sumas de dinero, como confiesa Justo Sierra: "(El Gobierno de la República) el cual premiará a oficiales y soldados dándoles las concesiones de tierras de acuerdo con la ley del 11 de agosto de 1864, y a los jefes superiores con recompensas en numerario de 100 mil pesos para el que mandase la expedi-



Por Washington contra México: el General Lew Wallace y el juarista General José María Carvajal.

ción, 30 mil para los generales de división y 20 mil para los de brigada. Quedaría a elección de los expedicionarios adquirir la nacionalidad mexicana o conservar la propia".

De aquí que bajo esta promesa tan generosa para los intervencionistas norteamericanos como tan terrible para México y su soberanía, el General Wallace vino a nuestro país a la cabeza de sus hombres.

Su contacto primero al sur del río Bravo fue nada más y nada menos que con todo un personaje: el general republicano Jesús María Carvajal, un mexicano "all american" (como Juárez, Ocampo y Miguel Lerdo) que había militado bajo tutela exclusiva de Sam Houston en contra de su Patria y en la toma de Texas hasta celebrar su anexión con la Unión Americana. Apoyado en Juárez y en Carvajal (quien fungió también como representante diplomático de Juárez acreditado ante Estados Unidos) Wallace pasó los siguientes dos años reclutando voluntarios en Nueva York,

Washington, Texas e incluso en México, sobornando a militares y civiles cuya simpatía por el Imperio terminaba siendo canjeable una vez que estos eran capturados por la facción republicana y a cambio de dólares.

Cumpliendo con las órdenes secretas de su gobierno y alentado sin duda por la recompensa de 100 mil pesos oro que esperaba además de su sueldo regular como general, el escritor militar no reparó en los medios para agenciarse voluntarios para su causa, incluyendo a soldados negros y ex confederados que a la postre serían capturados en el país para perplejidad del mismo Ejército Imperial Mexicano. Para este efecto, en abril de 1865 Wallace y Carvajal viajaban juntos a Washington para firmar un nuevo Tratado sobre territorios "bajo su jurisdicción" que, dada la ocupación del Ejército Imperial Mexicano y las fuerzas expedicionarias francesas, no podía ser más que imaginaria.

enrique.sada@hotmail.com